

Gibraltar.

África a un lado, al otro Europa, y allá a su frente el Peñón. Podría haber sido la canción de un pirata, pero el poeta miró hacia otro lado, a pesar de que pocos lugares han generado tantos mitos y leyendas.

Gibraltar; Calpe, lo llamaron los romanos; donde casi nada es lo que parece. Tierra en el mar; mar de nadie y de todos. Utrech, un lugar alejado y ajeno, es la explicación de su hoy.

Las monas se han convertido en uno de los principales atractivos de La Roca. Las trajeron los británicos de África, quizá como mascotas; pero fascina la idea de que se muevan de un continente a otro por túneles submarinos que ni siquiera las mafias del Estrecho han conseguido descubrir para hacer menos arriesgado su macabro negocio.

La Roca, rodeada de mar. ¿Mediterráneo todavía? ¿Ya Atlántico?

Aguas que van y vienen sobre hierros cubiertos de vida... Y animales que semejan flores, casi caligráficos... Y Branquias de poliquetos que recuerdan bailarinas rusas.

Los etéreos pólipos translúcidos, salpican fondos monocromáticos que, de repente, se transforman en arcoíris.

Si hay que atravesar el mar, que los barcos hundidos marquen el camino, porque Hércules ya zarpó; pero al separar las rocas para dejar entrar las aguas del océano, vio que más allá sólo había tinieblas y caos, y dejó como mojones sus columnas, Calpe y su espejo Abila; Gibraltar y La Mujer Muerta. Columnas que advertían que aquel era el último lugar transitable de la Tierra.

Parecería que la esencia de este lugar fuera la ambigüedad, también en las profundidades marinas.

Restos minerales cubiertos de herrumbre, que alguna vez fueron el orgullo de su armador y la gloria de su capitán, y ahora —noble misión— sirven de vereda para peces, de refugio para algas, de sosiego para corrientes y de patio de juegos para cangrejos: un, dos, tres, al escondite inglés.

Los peces, sin embargo, prefieren la rayuela: el hierro tapizado de algas conforma una hermosa cuadrícula mullida y acogedora.

Gorgonias, crustáceos, equinodermos, moluscos... y peces... infinidad de peces que aquel Táriq que vislumbró el peñón —con más desafuero que anhelo— ni siquiera sospechó. En sus sueños bereberes no había lugar para las aguas. Pero aquella montaña... era su montaña: Jabal Táriq: Gibraltar.

Desde Europa siempre se buscó el mar. Desde África siempre se ha querido alcanzar tierra, aquella tierra del otro lado donde según las crónicas las piedras estaban cuajadas de rubíes y de las fuentes manaban esmeraldas, allá, tras las dos columnas coronadas con sendos faros de cobre y piedra construidos por Hércules.

Aristóteles, Herodoto, Masudi, Hércules, Don Julián, Táriq, nombres para una historia casi sagrada, confundida ahora con transacciones prosaicas, verjas que se abren y se cierran, negocios más o menos confesables, dos continentes que se miran sin verse, dos mares que se rozan sin mezclarse. El misterio de Gibraltar, que las fronteras siempre son lugares inciertos.

En el mar, los peces cruzan el Estrecho cuándo y cómo quieren, y hacen de Gibraltar no un peñón, sino un puente.